

El egoísmo forma á menudo nimbos de gloria, con los que honramos á quienes pueden sernos útiles.

Un filósofo lo dijo: «El hombre que puede ser más útil debe ser por nosotros el más honrado»; de modo que, para el sabio, nada más honorable que nuestro limpiabotas, el aguardor,... todo el que se deja esclavizar á nuestra adulación y, á cambio, puede ser explotado.

Pero... filosofías aparte; ¿no es verdad que hoy vivimos en una atmósfera de honorabilidad que axflsia? El honor ha invadido todos los espacios; cierto, que, como siempre fué cosa volátil, tiende á evaporarse.

Y, en efecto, se escapa.

Para el más olímpico jefe de un gobierno no hay otro honor que disponer de una mayoría; con lo cual nuestros genios políticos tienen razón siempre que disparatan.

Y no quiero decir que desatinan siempre.

Un *snob* cifra su puntillo de honra, solo un punto, en el brillo de sus botas ó en la orquidéa del ojal.

Una mujer tiene el honor... en los tacones, por ejemplo; y no quiero decir con esto que lleve el honor por los suelos: á veces lo tiene también en un tarro de pomada.

El jugador tiene gran honor en la limpieza... de sus trampas.

El duelista en la punta de su espada. Por esto le pierde con frecuencia. La honradez, como la electricidad, tiende á escaparse por las puntas.

Esta es una observación femenina. En un palco del Español se la oí á la de Carner, explicando á su amiga Totorá Garay, por qué su marido no estaba por aquellos días en Madrid. Hacía un viaje á Bulgaria.

La honra de muchas vistas de aduanas, magistrados y banqueros está en lavarse las manos.

La de algunos escritores, en el fondo de una botella de cognac. A veces, en un tarro de ginebra. No pocas, en poder de un editor, verdadero *dominus dominorum scriptorum*.

El honor de algunos empresarios está en no llevar cuentas en el *Debe*. Su *Diario* no conoce esta palabra.

Sin embargo; aún hay hombres sin honra. Estos suelen tomar un partido de éstos: ó se quedan tan tranquilos sin esa impedimenta, ó se proporcionan un honor de lance en algún lance de honor.

Y... ¡tan contentos!

Madrid, 1908.

J. ROGERIO SANCHEZ.



## LA FLOR HUMILDE

Yo no sé como fué, pero es lo cierto  
Que una mañana espléndida,  
Una mañana del florido Mayo  
Enamorose el sol de la violeta.